

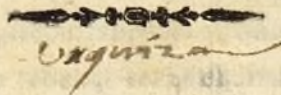
MANIFIESTO
AL PUEBLO ESPAÑOL
CON MOTIVO

DE LA INSTALACION DE LAS CORTES,

EL DIA 9 DE JULIO DE 1820.

POR

D. MARTIN ANTONIO SAENZ DIAZ,
*oficial de la secretaría del tribunal
de Cruzada.*



Uguiza

MADRID:

IMPRENTA CALLE DE BORDADORES. 1820.

Se hallará en la librería de Francés, calle de Carretas,
y en la de Castillo, frente á las gradas de S. Felipe.

MANIFIESTO

AL PUEBLO ESPAÑOL

CON MOTIVO

DE LA INSTAURACION DE LAS CORTES

EL DIA 9 DE JULIO DE 1810.

POD.

D. MARTIN ANTONIO SAINZ DIAZ

Oficial de la secretaría del tribunal

de Casación.

MADRID:

IMPRESA CALLE DE BORDADORES. 1810.

Se halla en la librería de Estanislao, calle de Carretas,
y en la de Calvo, frente a la puerta de S. Felipe.

Se acerca por fin el día tan deseado en que se cumplan los afanes, desvelos y votos ardientes de toda la Nación; día ciertamente venturoso y de placer para el buen español, que detesta las viles pasiones del interes sórdido, la elevacion comprada con el oro y el engrandecimiento formado sobre las ruinas del desgraciado ciudadano; pero de la mayor amargura y dolor para aquellos que enteramente desnaturalizados intentaban sugetarla para siempre con las pesadísimas cadenas del despotismo y arbitrariedad: mi débil y casi agonizante voz por la alegría que en este momento trasporta el alma, no puede apenas pronunciar que el día 9 de julio de 1820, será el mas grande que se conozca en los anales de la Monarquía Española, día en que reunida la Nación en el sábio Congreso que vá á instalarse en union de nuestro agusto Monarca, levantará el estandarte de su soberanía y libertad, para evitar la desorganizacion, los partidos injuriosos, y disipar como un nublado

⁴
la horrible tempestad, la escena lúgubre y espantosa que derroca los grandes imperios y hace renovar las tristes edades de luto, sangre y carnicería; aquellos tiempos en que la avaricia, el deseo de entronizarse, la sed insaciable del oro, hicieron discurrir por toda la Península al vergonzoso despotismo en un carro de triunfo. ¡O despotismo! ¡Que de males no has acarreado á la España! Ésta los conoce, levanta la cabeza como uno que está profundamente aletargado, abre los ojos oprimidos de los párpados pesados, y viendo su inevitable ruina, trata de enervarlos con poderosa mano, ó hacer que se disipen como el humo, fijando sus miradas en un Congreso, que reuniendo la representación nacional, concentre la voluntad pública, para que sus deliberaciones tengan el sello de la opinion de todos los ciudadanos, y sea una barrera impenetrable en que se estelle el ímpetu de sus pérfidos enemigos: éstos, creedme españoles, no perdonarán medio alguno para introducir los celos entre los leales ciudadanos que compongan el sábio Congreso, sacrificando su poder de un modo subversivo y destructor del orden; pero debemos contemplarnos con bastante superioridad para despreciar estos sediciosos insultos hechos á todos los principios de la legislacion social, y me parece oigo decirles con animo mas esforzado: la Patria so-

la es ahora la suprema legisladora, cada provincia⁵
ha depositado en nosotros los derechos que la pertenecen, somos las robustas columnas que han de sostener el basto, cuanto complicado edificio de la soberanía española, los ciudadanos leales, y el íris hermoso que se deja ver para ahuyentar los horrores de la tempestad amenazadora.

Cuando por un momento reflexiono sobre las grandes ventajas que acarreará á la Nacion este respetable Congreso; mil ideas alagüeñas se presentan á mi alma enagenada del resplandor que esparcen admirablemente. Pero mientras que ingenios mas fecundos transmiten á la posteridad, unos pensamientos tan valientes, solo pondré en vuestra consideracion el beneficio de la union; esta columna robusta bastará para sostener el magnífico edificio de nuestra felicidad. A eregírla y fortalecerla encaminará sus esfuerzos nuestro augusto Monarca, y solo la union es la que puede mantener independiente cualquier nacion; abrid el libro grande del mundo y leereis que la España dividida, fabricaba las cadenas contra sí; hallareis que los antiguos políticos fénicios y latinos, luego que conocieron el carácter firme de los de nuestro suelo, nos procuraron dividir; los españoles sencillos se armaban unos contra otros: éste era el cuchillo que les degollaba ó el freno, viendose ya en horrorosa esclavitud.

vitud, que mordían con desesperacion y rabia implacable, la sangrienta guerra que les consumia, el destrozo que ellos mismos se hacian, la ominosa suerte que les amagaba con espanto, todo se encadenaba miserablemente. Ved un caos horrendo, un abismo, ó mas bien el sepulcro sobre cuya lápida iba á llorar la Patria desconsolada y cubierta de luto mortal. Cuando en un reino falte la union todo amenazará ruina y asolacion espantosa, desaparecerán los sistemas combinados, los planes en vez de adoptarse se mirarán ó con indiferencia ó menosprecio, las instituciones mas santas no se verán revestidas ni de permanencia ni de fuerza. Las leyes, como obras de una mercenaria arbitrariedad, se arrancarán con violencia de las manos del legislador, ya para abrasarlas, ya para pisarlas con ignominia: de aquí nace el despotismo cruel, de aquí nuevos tronos, nuevas dominaciones, nuevos idolos en cuyas aras se quema un incieso prostituido y venal.

Los mas grandes imperios del mundo han sido destruidos por falta de union. Alejandro, aquel conquistador el mas atrevido y el mas arrojado de los mortales, con sus batallas y conquistas levantó un coloso que fijaba los pies de su dominacion en las estremidades del Oceano, y en el último país donde nace el sol; pero tan robusto gigante

7
flaquea en el momento mismo en que Alejandro dejó de ser. Su diestra se enerva, le tiemblan las rodillas, vacila el pie, su cabeza delira por la combulsion que le agita, y cae aplomado por la discordia de sus generales y ambicion tremenda: no hubo quien redugese aquellos pueblos á su deber, quien los reuniese, quien manifestase los derechos sagrados del hombre: no hubo un ciudadano, un buen patricio, ni en Atenas, ni en Esparta, ni en Macedonia, cuna de Alejandro, que hiciese resonar su voz magestuosa; y he aquí como la division asoladora cual ráfaga que todo lo destruye, acaba con un imperio de cuyas ruinas se formaron muchos tronos, que á no ser por una suerte fatal, jamas hubieran salido de la nada en que yacían; Y qué sería del soberbio edificio de nuestra independendia, á no haber resonado en los ángulos mas apartados de la Península; españoles, unidad, concordia, buena fé y amistoso enlace? mayormente cuando nos amenazaba una cruel borrasca que empezó á lanzar rayos esterminadores.

Pero gracias al Eterno que ya nos ilumina un astro consolador. Con el sábio Congreso que va á instalarse formado de los representantes de las provincias, y siendo uno mismo su voto, una la voz y una la ley, quedará salvada la independendia de la Monarquía, el Trono asegurado, nuestra digni-

dad con su esplendor, y la gloria de España con aquella brillantez y decoro que vió en los días de su grandeza.

¡Como se recreará el alma de nuestro augusto Monarca, al ver los diputados de todas las provincias á su alrededor! y que resuena en las bóvedas de aquel magestuoso edificio un solo grito que dice: somos españoles y queremos defender los derechos de nuestra Nacion: cuando ésta salga de aquel augusto recinto ¿quién no temblará? ¿quién no respetará? Los enemigos de la Patria vanamente engreídos, temblarán y respetarán el nombre de Congreso. Sagradas serán para el militar las banderas, para el marinero el timon, para los ministros la fidelidad, huyendo avergonzadas sin que jamas aparezcan aquellas viles pasiones que son el oprobio de la especie humana. Si la Nacion toda aborrece y castiga: si la Patria condena en voz del Congreso ¿quién el pérfido? ¿quién el traidor? su vista herrante y espantada se dirigirá á todos lados para ver los castigos que tiene preparados: ¿Donde habrá, pues, vaja venalidad, detestable infidencia, vergonzosa traicion, despotismo subalterno? El Congreso, cual robusto árbol con sus estendidas ramas solo abrigará al pacífico ciudadano. ¡O sábio Congreso! ¡Cuantos bienes, cuantas ventajas, cuanta felicidad no acarrearás á toda la Nacion.!

9
Y nosotros españoles, que tanto le hemos deseado y promovido, deberemos esplicar nuestro gozo al oír su gloriosa instalacion, no solo con salvas de artillería, con repique general de campanas, y con los fervorosos votos que dirijamos al Eterno, sino tambien levantando la voz placentera diremos á la faz del mundo: oíd pueblos venturosos, grandes pueblos, oíd: la Nacion entera ya se ve restituida al carácter público que la faltaba, y sus relaciones políticas adquirirán la estension y consideraciones que tuvieron en los tiempos mas felices. La Patria ha reunido sus mas esclarecidos ciudadanos, y la voluntad general, concentrada en un solo punto, ha auyentado de nosotros aquellas épocas de discordia en que otros estados, sin hallarse en circunstancias tan críticas, se han visto sumergidos; la sinceridad en el voto de toda la Nacion, y la dignidad pacífica con que caminará en sus arduas deliberaciones amenazan el esterminio total de todos sus enemigos.

Tan brillantes esperanzas, tan ascendiente de gloria y consideracion envidiable, debemos de esperar de un Congreso que asegurará la unidad y firme permanencia del gobierno, barrera insuperable en que forzosamente han de estrellarse las intrigas de aquellos que intenten sembrar la desunion y desconfianza en las autoridades para triun-

far sobre nuestra ruina. ¿Y que será la España en este estado de felicidad? Lo que Roma, cuando vió reunida su alta soberanía; lo que Atenas en la pujanza de sus pretores: lo que Lacedemonia, en la integridad de sus eforos: ¿Quereis saberlo? ser el terror del orbe, y madre de los héroes: ¿qué mas hará? Plantar el árbol frondoso de la felicidad Patria, y dejar monumentos á las naciones venideras de que el Congreso Español puede hacer nuestro bien y nuestra gloria. Unámonos pues al vigoroso gobierno que va á salvarnos; no hay sacrificio que sea costoso para cobrar la libertad: ¿no preferimos todos la muerte á la esclavitud? ¿no sentimos en nuestras venas el fuego del patriotismo y de la lealtad? ¡O! mi alma en este momento se enagena poderosamente, y el gozo que la ocupa solo la permite decir: ya están unidas nuestras voluntades en el sábio Congreso que va á salvarnos; sus representantes harán el solemne juramento de que defenderán nuestra sagrada Religion, nuestros derechos, fueros, leyes, costumbres, la sucesion en la familia reinante y en las demas señaladas por las mismas leyes: y nuestro augusto Monarca repetirá solemnemente el juramento de guardar inviolablemente el Código de nuestras instituciones: ¡que momento para la España! ¡Como volverán los dias de nuestra grandeza! ¡como se restaurará la

marín! ¡que incremento no tomará la industria!
 ¡que brillo las artes! ¡que aumento la población!
 ¡que decoro las letras! Comercio, agricultura todo
 reflorcerá, y con la celeridad de un relámpago vol-
 verá la época en que la España ocupe un lugar
 preeminente en el teatro de los pueblos cultos del
 universo. La instalacion de estas Córtes es obra á
 la verdad, de la diestra del Omnipotente, grande
 por la empresa, inmortal por los héroes que las
 han de componer y recomendable por el beneficio
 que resultará á la Nacion. ¡Ah! Cuando llegue la
 noticia de su dichosa instalacion á nuestros herma-
 nos los de América, como esclamarán; somos fe-
 lices, ya se puso término á nuestras desgracias, no
 se oirá ya entre nosotros la subersiva voz, soy Es-
 pañol, soy Americano, todos somos hijos de la
 amada patria España y por consiguiente deberemos
 disfrutar de los placenteros beneficios que aquella di-
 funde entre nuestros hermanos los Españoles; y con
 estas halagüeñas consideraciones, se entregarán en
 brazos del placer mas encantador, contemplando
 al mismo tiempo esta obra como la mas grande
 de todas por haber sido trazada en unos dias tan
 calamitosos, dias de sangre, de pavor y luto, dias
 en que resonaba el estallido del cañon, se derra-
 maba la sangre de nuestros hermanos, y en que
 el corazon fluctuaba entre el temor y la esperanza.

Acerquemonos, pues, Españoles á este sábio Congreso, los que queremos vivir libres del yugo del despotismo, y sacudir su terrible coyunda: aquí el valiente adquirirá verdadera honra, el sábio y virtuoso tendrán respetos, los aflijidos asilo; y uniendo nuestros esfuerzos, cooperémos á labrar el bien de la Patria, elevándola al grado de esplendor y poderío á que la llaman sus proporciones naturales y el carácter heroico de sus habitantes. Yo os aseguro que los inesplicables beneficios que aquel os dispense, llegarán á hacer feliz la posteridad mas remota: los padres contarán á sus hijos el bien que recibieron de su munificencia, éstos los repetirán á sus nietos, y conservándose esta memoria en cada familia de edad en edad, de generacion en generacion, será como un monumento doméstico, levantado dentro del recinto de las paredes paternales que perpetuará en todos los siglos la memoria de la instalacion de estas Cortes, y el feliz reinado del mas amado de los Monarcas.